

# *Sobre la imaginación ética de Victoria Camps*

## *Camps*

Amelia VALCÁRCEL  
*Universidad de Oviedo*

Herederos e hijos de la Ilustración, aún no nos hemos hecho a la idea de nuestra radical diferencia con el pasado. Cuantos argumentos presenta Victoria Camps en su libro *La Imaginación Ética* no tiene otro objeto que promover, con una violencia que la tersura de su estilo encubre, ese lúcido despertar.

La ética, para siempre alejada de los dioses y también superada la seguridad de que sus códigos y el destino del mundo coinciden, sigue, sin embargo, cayendo en la vana afición de teologizar. Insiste en el sistematismo o deriva su necesidad de la «pura estructura» de la razón práctica, mediada en el lenguaje, cuando no inventa para su uso exclusivo nuevas divinidades. Obsesionada desde la Ilustración por el fundamento, lo busca dando bandazos ente un Kant y un Hegel contados a la medida del tiempo presente: se autonomiza en lo epistémico o se vuelca a «lo sabido y querido» intermitentemente. Esa obsesión de fundamento le parece a Victoria la misma esencia del lastre teológico. Por el contrario, la inmanencia utilitarista, cuya admisión es todavía una salida, se desdeña cuando abre un campo de discusión verdadero. Alejados de las polémicas de fundamentación, cruz escolástica del presente, que nada interesan porque nada nuevo añaden, la entrada en terrenos inseguros nos hace fértil el esfuerzo teórico de la ética; esfuerzo que debe ejercerse en codificar-decodificar la realidad, en apuntar alternativas, en proponer transitorias verdades.

La acción moral exige propuestas, veredictos, soluciones. El que ellas se reflejen sobre un bien ganado historicismo, que las relativiza, no elimina su necesidad inmediata: simplemente complica y hace interesante la discusión. A escala humana necesitamos algo nuevo, cuyas raíces son sabidas y antiguas, autonomía y felicidad; algo firme respecto a los valores y los deberes, conociendo sus aspectos relativos y anómicos.

Mientras el universo tuvo escala humana, por mor de la ideología o la ignorancia, efecto sin duda consolador para quienes lo asentaron, ésta afectó tanto a hombres como a dioses. En esa mutua redefinición aún no sabemos, y quizá nunca sabremos, quién perdió más. Podemos, sin embargo, asegurar que muchos males fueron considerados inevitables, demasiados, en opinión de Victoria Camps, tanto físicos como morales, si es que tal distinción tiene algún sentido. Un mundo en que lo catastrófico, la enfermedad, la tortura, la esclavitud, la guerra, la abyección, la miseria, no serán males reales, sino triste «herencia de la carne». Cosmovisión moral del sabio y el santo premodernos que se mantuvo hasta que la pregunta moral comenzó a socavar las raíces del fanatismo y se impuso como pregunta racionalista.

Y, sin embargo, la Ilustración marcó un segundo camino. El fundamento de la moral no residiría en la razón, al fin un «sentimiento frío». De hozar en ella, lo mismo previene Victoria, poco más que sus circularismos podemos encontrar. En el presente, razón instrumental y razón tecnológica nos ponen en peligro; su desatarse puede amenazar con aplastar los débiles brotes de la dignidad humana. Así, sin darse a un irracionalismo «teologizante» motivado por la carencia de fundamento absoluto, Victoria Camps propone la imaginación. La dignidad humana, es otro de los nombres de la razón práctica, la otra razón heredera de las teorías del «moral sense». Se trata de abrir un camino para reintroducirlas.

*La Imaginación Ética* arrastra solapados los ecos de todos los grandes nombres que no se citan. Sus destellos más novedosos brotan de una inteligente complicidad con los clásicos, desde la Sofística a los pensamientos laicos de la modernidad. No es un libro para «academizar», sino para hacer algo: hace demasiado tiempo que la ética que ocupa a los filósofos se debate en problemas epistémicos, en ocultas intenciones de absoluto y no contribuye de modo significativo a explicar, y menos resolver, las tensiones morales que los individuos padecen. Si a Victoria Camps siempre le ha tirado más que el paso del es al debe, las condiciones que permiten saltar del deber al ser (y ello explica su apego a la Sofística, Aristóteles y, más cercanamente Perelman); si hace tiempo se declaró hastiada de los principios generales, de cuya claridad no podemos sacar norma útil alguna, ahora y en esta obra arriesga soluciones.

Cuando la primera evidencia es que la filosofía moral de poco o nada sirve para el obrar, se impone buscar la filogenia de la disciplina: contar cómo las cosas han llegado a ser lo que son. Precisamente, Victoria se desenvuelve muy bien en los temas cognitivos, por lo tanto, sabe mostrar de modo potente y sencillo los torturados caminos de la razón práctica. Lo que nos ofrece es una diafanidad sabiamente conseguida que, sin ocultarse tras una terminología vaga o escolástica, resulta ser el poso final de un largo trabajo, profundo y minucioso, cuya instrumentación tiene la deferencia de ahorrarnos. Este esfuerzo, quizá no esté bien recalcarlo, es tanto intelectual como moral. Interpretar los paradigmas morales del pasa-

do es ya un juicio sobre el presente. Su sabio, su santo y su intelectual, ponen nuevos límites a una ética práctica que se consolida necesariamente en figuras, y con ellas cobra sentido la propuesta de anomia, el declinar la universalidad como medida, la imaginación.

Si la ética no nos ayuda demasiado: «el filósofo moderno se ha hecho con un concepto de autonomía tan formal y tan perfecto que no nos sirve en la práctica ni, por supuesto, nos hace felices» ¿Nos complace este precio por nuestra precaria «autonomía epistémica»? Si por lo menos una vez no nos atrevemos a considerarlo un fallo garrafal, allá nuestra buena conciencia de escolásticos neopositivistas. Desde luego Victoria Camps no está tan segura de que este carácter, que hay quien hace constitutivo, pese para bien.

Viajando en compañía de la hermenéutica y de la filosofía del lenguaje se despejaron los caminos, se arrasaron ídolos odiosos, se abominaron las supersticiones y autoritarismos de toda laya pero, hasta aquí hemos llegado. La razón práctica tiene que reconstruir su discurso, puesto que su espacio existe, que sigue siendo radicalmente distinto de cualquier otro. El vindicar en ese contexto la imaginación posee al menos dos fuentes: una, la imagen del «moral sense» que la liga a la benevolencia y la compasión y, de ese modo, se retrotrae a las soluciones más clásicas de la Ilustración inglesa. La otra es procedimental: enfatiza ese carácter de ponerse en el lugar de otro, de hacer prolepsis con las normas, de representárselas antes de su ejercicio, como esencia funcional de la ética; y por aquí retorna el modelo aristotélico de prudencia y ejemplo.

La lógica conclusión es la defensa de una «moral provisional», no precisamente cartesiana, de seres humanos no de dioses, que encuentre su tierra firme en la falta de seguridades radicales. Que se atreva a afirmar que, en ausencia de normas absolutas *no* todo está permitido, que se avenga con nuestro proyecto de lo que queremos ser sin hacerse ilusiones de reconciliación y sin instrumentarlo en medios-fines. Lo que es lo mismo, una moral pacientemente utópica y, sin embargo, de uso común. En la misma línea, reorganizar los componentes utilitaristas sin ramplonería en una moral contradictoria y ambivalente, porque la ética es a la vez «elitista e igualitaria». Todo ello se resume en *La Imaginación Ética*, mecanismo y salida para ciertas perplejidades que no son sino fruto de una abstracción desbocada, de la obsesión del fundamento y, en ocasiones, de falta de valor.

La filosofía práctica tiene el deber de moverse en los terrenos intermedios y peligrosos de la propuesta, el ejemplo, la invención. Como los juicios sobre la realidad se hacen sin querer, Victoria Camps trasluce a cada línea que tenemos buenas razones para no disfrutar de la que nos toca, sin confundirse, sin embargo, en un pesimismo banal. De hecho confía en que el discurso ético la cambie, porque al fin esa nota tienen los discursos marginales y utópicos: *deber ser*. Pero, una prudente espera de futuro no exime de los problemas del presente; el mundo está ahí para

inventarlo, para vivirlo-variario, sin que quepa librarse a dogmatismos que nos faciliten la tarea, sino destacando las facultades no sólo argumentativas, sino empáticas de la razón práctica.

En un negocio que, como la filosofía moral, por su propia naturaleza no tiene fin, sería obtuso que Victoria Camps sacara su recetario particular y diera los nuevos diez mandamientos del sujeto libre y autónomo. No lo hace. Invita a que cada cual elija y argumente sus alternativas, se arriesgue a su vez, se tome a tiempo en serio. Esto es, «entender el proyecto ético como una empresa abierta, sin dogmas ni metas, como la esperanza de que el diálogo prosiga». El filósofo renuncia conscientemente al púlpito, lugar inmoral para quien lo usa y quien le atiende, y sólo admite la difícil libertad, herencia humana, que en cada caso debe ser conquistada.